



RECONOCIMIENTO.—Gentileza de TRIUNFO: la revista me invita a exponer mis puntos de vista sobre las críticas a mi libro «La revolución y la crítica de la cultura», aparecidas en sus páginas (número 428). Gracias por tan grata prueba de objetividad, y allá van unas notas conteniendo mis impresiones ante los primeros comentarios suscitados por el libro.

El reloj de Artaud

Lo primero que ha llamado mi atención, en forma de sorpresa, es la magnitud del actual fenómeno «artaudiano» o «artaudista», no sospechada por mí al escribir aquel capítulo; el objetivo de mi crítica era bien modesto: atacaba —y atacó— en él una cierta práctica y teoría teatrales a cargo de determinados grupos y publicistas que van al paio de la moda y cuyos movimientos son, más que reales movimientos, meros tics; un día el tic de la *distanciación*, otro día el tic de la *identificación*, etcétera. Y un día ídólatras de Brecht y del discurso racional en el teatro, y otro día fervientes partisanos de la emotividad pura, alógica; un día del teatro no ya hablado, sino hasta discursivo —del «discurso teatral»—, y otro día del teatro mudo y gesticulante... ¡Ah!, y de pronto me encuentro con que (Gimferrer, Trias) «¡ha sonado la hora de Artaud!» (¿no será que ustedes usan todavía el reloj del poeta?) y que la onda expansiva de mi modesto petardo práctico-teatral alcanza o afecta a órdenes más generales: el filosófico, el poético... El asunto es, pues, más grave de lo que me parecía, en la medida en que la imagen de un «retorno» a posiciones ya dialécticamente negadas por posteriores hechos (en el teatro, ese hecho, aunque mecánicamente simultáneo, es Brecht) adquiere más fuerza y complejidad. Digo «retorno» para indicar que no veo en tales posiciones —¡ha sonado la hora de Artaud!»— ni un asomo de lo que se suele llamar la «espiral dialéctica» (el nuevo círculo estaría a un nivel superior), sino algo como nostalgia —«aquello sí que era inconformismo»— o de no haber tal una clara negación de la Historia: «Aquí no ha pasado nada y hay que empezar de nuevo». Estaríamos todavía, según esto, en la hora o en el tiempo de Artaud, y aun en la de Nietzsche; ¿y por qué no en la de Voltaire? (Por citar tres escritores para mí altamente admirables por su potencia o virtualidad destructiva de lo establecido.) No me encuentro yo —y quizá ello esté claro en este libro mío— entre esos sujetos que llamamos «heraclíteos», por llamarlos de alguna manera, que van en todo momento mutaciones, cambios, saltos cualitativos, es decir, entre aquellos que disuelven la realidad en Historia (y los lectores de mi libro saben que me explico en sus

SIN SEDE

Por ALFONSO SASTRE

SIN GREY

POLEMICA SOBRE EL LIBRO "LA REVOLUCION Y LA CRITICA DE LA CULTURA"

páginas el estructuralismo precisamente como una respuesta al empacho genético-historicista producido durante las anteriores décadas). También creo conocer, porque se ha dado en mi propia experiencia, la dialéctica de los «pasos atrás» como puntos de apoyo para la continuación (revolucionaria) de la Historia. Pero no puedo por menos de ver con inquietud cierta tendencia que se da en los procesos sociales al atavismo y a la entropía. Trias, en su pequeño trabajo de TRIUNFO (estimable, ante todo, por la nitidez con que expresa sus posiciones), nos habla de los peligros que encierra cierto tipo de posiciones sistemáticamente cerradas a lo que aparece como nuevo. Participo en todo de esa inquietud, y hasta creo que ello queda dicho en mi libro (ver su página 90). Pero también es conveniente, creo yo, la inquietud ante la atroz posibilidad de que —creyendo «abrir cauces»— nos pongamos a marchar para atrás o de lado —como los cangrejos— sin darnos cuenta. Ya digo que no soy de los que piensan que cualquier apoyo en el pasado significa una regresión: hay autores «malditos» del pasado que pueden ser excelentes compañeros nuestros hoy. Yo opino, sin embargo, que si es una regresión lo que se da en el caso de ciertos «artaudianos» del teatro de hoy, y también pienso que, en nuestra circunstancia, un ataque a la palabra poética, allí donde se produzca, y por tanto también en el teatro, conlleva una objetiva complicidad con el sistema. Hablando en términos generales, todo programa de «abolición de la literatura» (y tal es para muchos la significación de Artaud: ver, por ejemplo, el artículo «Artaud: la abolición de la literatura», de Manuel Ballester Prieto, en el diario Madrid, 10 de agosto de 1970) sitúa a sus agentes en las filas de los «bomberos» de Ray Bradbury en su famoso «Fahrenheit»... A esto llamaría yo «fascismo objetivo», y ni que decir tiene que, para mí, la abolición de la literatura no abre «cauce nuevo» alguno, sino que trabaja, conscientemente o no, para cerrarlos. «Defensa hábil del estado de cosas existente y de los esquemas mentales establecidos», dice Trias, y parece en este caso referirse muy concretamente a Lukacs y, pobre de mí, también a mí mismo. Grave cosa: podría haber dicho **defensa involuntaria** como yo no paso de decir **fascismo objetivo**. ¡Y no, por supuesto, refiriéndome a Artaud, y mucho menos a Nietzsche, a quien ni una sola vez cito en el libro y a quien, por cierto, debo bastante de mí despertar del sueño dogmático... cristiano, el único dogmatismo que he padecido, pues de ninguno, ni aun de éste, he sido agente nunca! Pero «defensa hábil»... ¿De verdad me cree el amigo Trias un astuto de-

fensor del sistema? Déjeme decirle, poniéndome (siquiera sea por unos momentos) a tono con lo que yo llamaría la «promoción del cachondeo», que «yo voy sangrando lentamente» de resultas de diversas heridas —ninguna, afortunadamente, mortal: heme aquí vivito y coleando— ocasionadas en mi tozudo batirme no sólo contra el tal sistema, sino también contra las malformaciones dogmáticas de la oposición a él. Podré estar equivocado; otra cosa, no. Y en cuanto al ataque de Trias a Lukacs como proveedor de rayos represivos para Stalin —para «papá Stalin», como dice Trias—, me parece de lo más inmediato; sin que yo deje de criticar a Lukacs en algunos aspectos importantes, y de ello hay ciertas pruebas en mi libro. A usted, amigo Trias, nos lo presentan (tanto gusto) como profesor de Filosofía. Pues bien, yo, que ni eso soy en el sistema (apenas un mero licenciado en la misma materia), le invito a meditar, con arreglo a su oficio, acusaciones tan inmediatas como ésa. El caso de Lukacs puede ser una tragedia intelectual; otra cosa no es).

Martillo de Trento

Decir «irracionalistas» o «fascistas» a los que tratan de abrir cauces nuevos... Colgar «sambenitos»... para la «represión de descarrados»... «Martillo trentino»... Prácticas nefandas, en efecto, y que no se cuentan entre las de un servidor de ustedes, que si de algo cojea es de no haberse sometido jamás a planificación literaria o cultural alguna y de haber postulado siempre la libertad del escritor, no ya sólo frente al sistema, sino también en el marco de la acción revolucionaria (¿se ha leído, por ejemplo, el capítulo «Literatura y revolución» del tan citado libro, en el que me presento con todo lo que hay en mí, se-

«No puedo por menos de ver con inquietud cierta tendencia que se da en los procesos sociales al atavismo y a la entropía».



gún digo muy graciosamente, de «fiera leninista?»). Por lo demás, ¡qué ejecutoria nihilista-vanguardista la de uno! ¡Traductor del maldito Kafka nada menos que en el 49! ¡Exaltador de Beckett! ¡Amigo espiritual de Oscar Wilde en un sospechoso prólogo a sus obras completas! ¡Admirador de Strindberg y postulador de su genio! (Yo comprendo cuán duro resulta conocerme: habría que leer mis obras, repasar mis trabajos, y eso es duro, duro.) ¡Embajador de Peter Weiss! ¡Escribidor castellano de su Marat-Sade, y ahora —con el amigo Sorozábal Serrano— de su más que sospechosísimo Trotsky! ¡Autor de la única obra teatral sobre el terror metafísico creada en España en las últimas décadas («El cuervo») y de ese extraño y maravilloso libro que se titula «Las noches lúgubres»! ¡Surrealista con «Cargamento de sueños»!, etcétera. ¿Para qué seguir? (El amigo Trias habrá advertido el modesto tono «nietzscheano» de alguna de estas líneas. ¿Recuerdan cuando Nietzsche, supongo que iluminado por su enfermedad, en su «Ecce Homo», nos explicaba «por qué escribo tan buenos libros», «por qué soy tan sabio», etcétera? Seguimos, pues, adoptando el tono de lo que se ha llamado, afectuosamente, la «promoción del cachondeo»... o, si se prefiere emplear términos más académicos, la «generación cómica».

Así habló Zarathustra

Pero, en fin, puesto que Trias me cita el tema de Nietzsche —en su trabajo inventa más de una vez el maniqueo: lucha contra un espectro; o, al menos, yo no estoy allí donde él golpea—, y asociando Nietzsche a Artaud (lo que me parece muy justo: ¿recuerdan cuando Nietzsche afirmó que «el refinamiento de la crueldad es una de las fuentes del arte?») parece proponérselos como posibles mascarones de proa de lo nuevo hoy, yo le diría que —aparte las manipulaciones nazis sobre su pensamiento, las cuales justificarían que se dijera algo como lo que don Luis le dice a don Juan en el Tenorio, a propósito de doña Ana de Pantoja: «Imposible la hals dejado/para vos y para mí»— no estoy muy convencido de la actual virtualidad destructiva de aquel pensamiento. Las fallas atípicas (como dice Trias) de ayer son ya ahora, ¡y en esto sí que se advierte el paso (lento, ya lo sé) de la Historia!, fallas perfectamente típicas: el sistema ha segregado sus anticuerpos. Por lo cual, tenemos plantado, sobre todo, un problema de imaginación, de invención de nuevas granadas rompedoras, a la luz de los acontecimientos actuales. Reconozcamos, pues, a Nietzsche y a Artaud entre nuestros ilustres antepasados... Y cuidado: el sistema nos prefiere

energúmenos, gesticulantes, borrachos, «locos». El sistema, con sus anticuerpos, ha segregado sus «reservas» donde se puede gesticular a gusto... El **underground** es una creación del sistema: son sus calabozos. Sólo faltaría que nos sintiéramos a gusto en esas catacumbas. (Cuando yo hablo en mi libro de un teatro salvaje o silvestre o ilegal no hablo, desde luego, de refugiarnos en las catacumbas. Hablo de guerrilla, de sol y del aire de las alturas, por recordar de nuevo a Federico Nietzsche.) ¿Que la «razón represiva» da el nombre mixtificador de locura a lo que no puede quitarse de en medio por otros procedimientos? Para mí, más que de un simple «dicho» se trata de un reflejo en el plano superestructural de ciertos fenómenos profundos: es que el sistema nos vuelve locos y no sólo que nos diga locos para encerrarnos. Es decir, nos deteriora, nos produce vértigos, nos desarma y nos mata en la medida en que nos hace vernos como impotentes ante la aparente omnipotencia del sistema represivo.

Genio y Locura... hasta la sepultura

Ahora bien, pensar en la consecución de la lucidez (y no sé si Trias piensa así: le he de leer con atención sus ensayos, y si ahora no lo he hecho ha sido para no caer en la tentación de emplear argumentos... **ad operam**) por medio de la reproducción más o menos «sincera» en nosotros de la «locura», me parecería una contribución no desdeñable a que las cosas sigieran como están o incluso fueran a peor. Llego a aceptar que Nietzsche y Artaud sean «modelos» para alguien: pero no hasta ese punto. ¿Artaud? Está bien, si a usted le parece un modelo; pero trate, a ser posible, de no ingresar en el manicomio: de que no lo «sumerjan en el **underground** de la locura»... Por lo demás, como juego, lo fue ya para la vieja vanguardia: la **paranoia crítica** del joven Dalí (ver, en André Breton, «Antología del humor negro») o la **locura inventada** de los **postistas**... ¿O se trata, ¡ah, sí, un paso hacia adelante!, de la autoprovocación de estados semejantes a los que la razón «psiquiátrico-represiva» titula como **psicosis**? Atención, cuidado, como dicen los practicantes o curiosos de la **Kábala**: si se juega al fantasma es lo más fácil llegar a serio, y los gritos del subsuelo son, para el sistema, como el canto del grillo o como la antigua «música de las esferas», habitual y, por ello, inaudible.

Revolución cultural

Yo no le dije a usted fascista, amigo Trias, y ahora tampoco se

la lujosa comodidad
del calentador

Corbero



POR:

- Multigás; gas ciudad, butano, propano o gas natural
- Seguridad total, por válvula de termopar
- Selector de temperaturas y regulador de presión de agua
- Puede calentar el agua hasta 75° C
- Silencioso (quemadores silenciosos, Patente LM)
- Salida agua distancia
- Doble potencia "verano-invierno"
- Exterior de acero esmaltado al fuego

desde luego
Corbero
Corbero servicio seguro

©ESPA 75

**SIN SEDE
Y
SIN GREY**

lo digo. Pero si creo que busco por caminos diferentes a los suyos el armamento de la **revolución cultural**, en cuyo frente trato de luchar sabiendo, desde luego, que sin la destrucción del poder capitalista esta revolución es imposible, pero también que la revolución cultural —y, de otra manera, la búsqueda de lo que aún vamos llamando el hombre nuevo— no puede darse como una merced mecánica del cambio revolucionario de la endoestructura. Es decir, que a la par hay que luchar en uno y otro plano. En esto sí que estaremos de acuerdo, yo supongo...

*La soledad
del corredor de fondo*

Sigo con algunas palabras para Luis Carandell, autor del otro artículo sobre (contra) mi libro publicado en TRIUNFO. El artículo, como todos los suyos, es oportuno, gracioso, y también dice cosas interesantes. Sólo quería indicarle que puede haber sufrido algún error óptico al considerarme ese «gran rezagado» de que habla, y no me refiero ahora, como tampoco él se refiere, al hecho de que el libro no haya salido oportunamente, es decir, en la Feria del Libro: habría una vanguardia y yo estaría (me habría quedado) atrás. No, amigo Carandell: es que yo no corro en esa carrera. Para mí, el arte, como la política, es un juego largo (y la vida, ay, cosa breve, irrisoria!). O en lenguaje que a Carandell le sonará también a enciclica: «Ars longa, vita brevis». El arte, en fin, es un juego de corredores de fondo y, por ello, también de cuasi solitarios. El ajetreo, la bulla, se producen comúnmente en el nivel de los «cien metros lisos», desde el cual el corredor de fondo parece a veces algo así como un ente extraño e inmóvil. Sólo que, después de los cien metros lisos, el corredor ligero revienta o poco menos en la cuneta, o bien se pasa con todo su equipo a la banda derecha... Y entonces vemos que el corredor de fondo está a la izquierda y además, ¡qué raro!, allí adelante: allí, sí, un poquito más allá, y además respirando casi normalmente... (Bello apólogo. Queda autorizada su reproducción parcial o total siempre que se cite la procedencia.)

*Mi libro: vapuleado
e indiscutido*

En fin, pasando de las medio bromas a las medio veras, he de decir que, en su aspecto teórico, este tremendo libro mío sigue intacto o casi virgen. Algunos de sus elementos secundarios parecen desviarse, desdichadamente, la atención de ciertos lectores desde la sustancia teórica de la obra al plano de lo anecdótico y personal: así puede decirse —como hace Carandell— que se trata de

una «ensalada de palos», una imagen incorrecta (el libro es: yo no he querido heridas (y por ello he moderado en las críticas («les»), sino analizar situaciones), sino analizar situaciones he hecho de manera equilibrada, aunque seguro por el poco espacio dedicado anecdótico, a las citas puede resultar crudo algunos juicios, y yo estoy, dispuesto a matizarlos —los— si ello llega a ser necesario. No lo hago así creyendo que esa cuestión debe conservarse en una pequeña proporción que aparezca en el libro con relación a los temas propiamente teóricos. El estructuralismo del lenguaje en las relaciones entre la literatura y la revolución, las características de un «teatro materialista» y la posibilidad de un «teatro salvaje» toma de la «tragedia completa» de los presuntos efectos de la dramaturgia del «boom» de España como situación mundista» y la desmitificación del «nivel europeo» como destino del arte y la literatura, caracteres tradicionales, consuetudines, del sedicente progresismo español; la destrucción del materialismo y el «teatro materialista» como presencias de nuestra revolución cultural, etcétera, son algunos de los temas sobre los que yo he tratado, y aún espero, que se duzca el debate.

Sin sede y sin grey

«Sin sede y sin grey» he leído estas notas para corregir tosamente el sambenito papal que me cuelga con divertido desdén mi admirado Carandell: no, Papa, diría yo, salvo el apéndice (Sarto) de mis pecados... ¿Cual es la historia? ¡Sin sede y sin grey hay Papa ni anti-Papa, amigo Carandell! Y tal es mi situación: sede y sin grey. O si se quiere seguir jugando macarrónico a las enciclicas, **Sine sede et sine grege**.

Una nota aún: la indeterminación teórica que se advierte en cierto «pensamiento» que se llama **antidogmático**, parece muchas veces como un producto, precisamente, de la descomposición del dogmatismo: se tiene horror a lo que se ha sido —dogmático— y se tiene pánico a seguir pareciéndose a lo... Así la ambigüedad se por lo lugar de cualquier determinación inequívoca y, naturalmente, el pensamiento científico desaparece. Hablo ahora, desde luego, de los interlocutores de hoy, sino, en términos generales, de cierto pensamiento que se siente «liberado» y se produce como descomposición del dogmatismo de que procedo. «Yo no ahueco la voz para asustar...» ■ A. S.
(Fotos: RAMÓN RODRÍGUEZ.)